

THE HORUS HERESY®

*Gav Thorpe*

# CORAX

*Nunca más*

timunmas



THE HORUS HERESY®

# CORAX

Gav Thorpe

timun**mas**

Título original: *Corax*

Traducción: Traducciones imposibles, 2019

Corax © Copyright Games Workshop Limited 2017.

Corax, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.  
Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2018 por Black Library  
Games Workshop Limited.,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK  
[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2019. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Neil Roberts

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0631-3  
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters  
Depósito legal: B. 14.777-2019

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## ÍNDICE

Forja de Almas . . . . .	17
Los Señores de las Sombras . . . . .	113
Señor de los cuervos . . . . .	121
El valor del miedo . . . . .	229
Rapaz . . . . .	239
Weregeld . . . . .	271

## UNO

No se sentía así desde hacía mucho tiempo. A Agapito no le había invadido un vigor semejante desde los años en los que había luchado junto al primarca para liberar su hogar de los esclavistas tecnócratas. Le ardía por dentro, otorgándole una fuerza superior a la de su cuerpo transhumano. La pureza de su causa impulsaba cada movimiento de su espada de energía.

Justicia.

Era el odio que hervía en el interior del comandante de la Raven Guard lo que le empujaba, sin dudar, hacia los esclavos de los malditos Word Bearers. Seguir a Corax en la Gran Cruzada del Emperador había dotado a Agapito de un propósito y de determinación, pero la furia que ahora lo propulsaba hacia la batalla seguía órdenes que iban más allá del deber y la dedicación.

Era el destino lo que había puesto al odiado enemigo en manos del Raven Guard. Un encuentro casual en el borde del Sistema Cassik. Los Word Bearers atrapados por un problema en el motor de disformidad, incapaces de huir. Agapito no dejaría escapar la oportunidad.

Era la providencia, aunque Agapito no sabía, ni le importaba, de qué poder superior provenía. Los asesinos de sus hermanos serían aniquilados uno a uno. Vengaría la traición en Istvan, matando a un traidor tras otro si era necesario. Los recuerdos de los miles de Raven Guards, sacrificados como animales bajo las armas de los Word Bearers, se clavaban como dagas en el pecho del comandante y eran esas punzadas lo que lo incitaban a seguir adelante.

Espió a un legionario traidor, entre la multitud que se había dispuesto a lo largo de los corredores para defender su crucero de ataque del abordaje de la Raven Guard. La visión de los Word Bearers le provocó una inundación de recuerdos: cañones y fuego láser surcando la depresión de Urgall, matando a montones de hijos de Deliverance con cada bombardeo. La red de comunicación saturada por los gritos de muerte y la sorpresa de la traición. Los guerreros junto a los que había luchado durante tantos años, erradicados del mundo de los vivos a manos de asesinos a sangre fría.

Los servidores semihumanos y los deformes secuaces de los legionarios traidores no eran ningún obstáculo, pues eran eliminados, con facilidad, tras el ataque de Agapito. En los confines del crucero de ataque, el Raven Guard no tenía rival. Agapito destrozó ruinas sangrientas con su puño y su espada, acuchillando y abriéndose paso hasta la multitud de enemigos mutantes, sin mirar ni un instante las cuchillas y hachas que repiqueteaban en su armadura.

Al trepar por la masa de engendros esclavos, Agapito pudo ver a los Word Bearers, mientras el traidor urgía a sus esbirros a arrojarse contra los guerreros Raven Guards. Cayeron docenas de esclavos, con los cuerpos desgarrados por heridas repugnantes, mientras Agapito y sus legionarios se abrían paso a través del pasaje.

Escapando de la muchedumbre, el comandante se detuvo, con los ojos fijos en su objetivo, mientras el legionario de armadura roja esperaba a unos metros de distancia. El Word Bearer alzó la espada sierra hasta la rejilla de su casco, un saludo de burla y un reto a combate mortal.

Agapito no estaba ahí para batirse en duelo, para intercambiar ataques ni para defenderse, en un esfuerzo por determinar quién era más digno. Había venido a vengarse, a castigar, a matar.

La onda expansiva de su pistola de plasma abrasó el pecho blindado del Word Bearer mientras este bajaba la espada, convirtiendo la ceramita y la carne en un deshecho grasiento. El Word Bearer cayó de bruces sobre la cubierta, mientras Agapito echaba a correr, abriéndose paso entre las criaturas infrahumanas que servían a la legión de Lorgar.

Tras unos segundos y una ráfaga de explosiones y disparos, Agapito se encontró de pie sobre una pila de enemigos muertos. Una escuadra de Garras (todos, también, supervivientes de Istvan) se arremolinó alrededor de su líder.

—Cuadrante despejado, comandante —informó el sargento Ashel.

La armadura del legionario estaba cubierta de sangre, y la pintura negra relucía con la sangre fresca. Miró los restos del enemigo. Los cadáveres

eran de hombres y mujeres, retorcidos y mutados, con ojos y piel de serpiente, y grandes bocas repletas de afilados dientes.

—Escoria repugnante.

—No tan repugnante como aquellos que los dirigen —gruñó Agapito.

Escuchó la red de comunicación unos segundos, captando los informes y mensajes intercalados provenientes de otras fuerzas que se desplegaban por el crucero de ataque enemigo. Las escuadras de Chovani y Kalain estaban encontrando una resistencia mayor que el resto: más Word Bearers.

—Nos dirigimos a estribor —comunicó el comandante a sus compañeros—. ¡Seguidme!

—La cámara del reactor se encuentra a popa, comandante —respondió Ashel, sin moverse de donde estaba, mientras Agapito daba un paso adelante—. Las órdenes del primarca son que...

—El enemigo se encuentra a estribor —espetó Agapito—. Y también los transbordadores de huida. ¿Quieres que eludan su castigo? ¿Tan rápido has olvidado Isstvan?

Ashel observó a su escuadra durante un momento y negó con la cabeza.

—Por Isstvan —dijo el sargento, alzando su bólter.

—Por Isstvan —repitió Agapito.

El asco invadió a Corax mientras sacaba los espadones de su garra eléctrica del cuerpo del tripulante. El líquido que salpicaba el corredor no era sangre humana, sino un fétido fluido verdoso, suministrado al esclavo desde un cilindro de latón que se ataba a su espalda. Muchos otros, modificados de forma similar, yacían muertos a su alrededor. En un principio, Corax había considerado a esas criaturas como estúpidos servidores, pero el miedo y la desesperación en sus ojos habían revelado un destello de vida jamás visto en las creaciones semihumanas del Mechanicum. Eran hombres y mujeres con facultades humanas plenas, que habían sido modificados, víctimas de los experimentos de sus dirigentes Word Bearers.

La repugnancia que sentía el primarca no era hacia las lamentables figuras arrojadas en su camino, sino hacia los traidores que las habían creado. Los seguidores de Lorgar se habían convertido en seres malvados e inhumanos, en una retorcida parodia de los legionarios honorables que una vez fueron.

Bajo la luz roja del corredor, sus garras eléctricas brillaban. Fabricadas por sus propias manos en Deliverance, tras la victoria en la Fortaleza Perfecta, esas armas le hacían sentirse completo otra vez. Sus guerreros lo

llamaban «el comandante de las Garras» como símbolo, para la legión, de su determinación por luchar, a pesar de sus pérdidas, ya que ellos eran armas. Corax había renunciado a su propulsor de vuelo en los confines cercanos a la acción de abordaje, pero en los pasadizos abovedados y los sinuosos pasillos se sentía tan cómodo como se encontraba a cielo abierto.

Le habían enseñado a luchar en lugares como aquel, un laberinto de ferrocemento y metal, en el que tras cada esquina se escondía un posible enemigo. En la prisión donde se había criado, los pasadizos se habían convertido en su terreno de caza. Nunca olvidó esas lecciones.

No fue directo al strategium, sino que escogió un camino menos obvio, que rodeaba las defensas más fuertes. El crucero de ataque estaba diseñado como muchos otros, con un corredor central que se extendía a lo largo de la mayor parte de la embarcación, pero, en cambio, Corax recorrió las cubiertas de armas, que los costados de la *Vengadora* ya habían destrozado cuando la barcaza de ataque se aproximó para el abordaje. En algunos lugares, el casco tenía grandes grietas que dejaban a las tropas expuestas al vacío. El primarca, que había memorizado en su mente un esquema del último documento de preataque de la *Vengadora*, se desplazó por las secciones agrietadas, subiendo y bajando por las cubiertas, para que los defensores no tuviesen claro cuál era la ruta del Raven Guard.

Con él iba una compañía de la *Vengadora*, pero, por el momento, los legionarios eran poco más que espectadores, mientras el primarca se abría paso hacia el strategium de la nave estelar. Parecía que los Word Bearers habían creído que era más inteligente desplegar su horda de creaciones mutantes que enfrentarse a la ira de los propios primarcas.

No se equivocaban.

Avanzando con rapidez, Corax encontró varias docenas más de esclavos en la siguiente galería, sin más armas que llaves inglesas, martillos y cadenas. Algunos tenían injertos cibernéticos, otros llevaban los tanques de icor que ya había visto. Todos tenían la piel pálida, empapada por el sudor del esfuerzo y el terror, ojerosos y con los ojos inyectados en sangre. No pronunciaron ningún grito de guerra cuando corrieron hacia el primarca, y hubo resignación, tal vez incluso alivio, en sus ojos cuando sus garras eléctricas acuchillaron a diestro y siniestro, rebanándolos a puñados.

Ninguna de las criaturas de la tripulación sobrevivió el tiempo suficiente para atacar a Corax cuando se interpuso en sus caminos, pues sus puños en las fundas de energía astillaban el metal y trituraban la carne. Mirando a través de las ventanas de la galería, vio que la *Vengadora* emprendía el rumbo a lo largo de la nave abordada y, más allá, el resplandor

de los motores de plasma del *Triunfo* y del *Aeruginosis*. Mientras, a lo lejos, el resto de la flotilla de la Raven Guard seguía esperando.

Si hubiesen llegado dos o tres días más tarde, los Word Bearers habrían seguido su camino, sembrando toda la maldad que hubiesen querido. La buena suerte de la Raven Guard radicaba en haber sacado al enemigo de la disformidad a tan solo unos miles de kilómetros de distancia de donde se había congregado la legión. Incluso antes del bombardeo de la Raven Guard, la nave traidora mostraba signos de combate prolongado. Los motores de disformidad dañados figuraban entre sus cicatrices de batalla más evidentes. Lo que había obligado al crucero de ataque a viajar en ese estado tenía que ser importante.

Y así fue cómo Corax decidió capturar el buque y descubrir sus secretos, en lugar de destruirlo sin más.

La resistencia crecía a medida que la Raven Guard se acercaba a su objetivo. Asegurando las salas y los pasadizos que rodeaban el strategium, el primarca y sus guerreros crearon un perímetro libre de enemigos. Las salas estaban extrañamente desprovistas de decoración. En las pocas ocasiones que Corax había pasado tiempo en las naves de los Word Bearers, antes de que llegara el señor de la guerra, le habían maravillado las esculturas y banderas, los iconos y murales dedicados a homenajear al Emperador y sus hazañas. Lo que un día debieron ser las dependencias del oficial eran ahora cáscaras vacías, sin muebles ni decoración, como si se hubiese eliminado todo lo que alguna vez elogió al Emperador.

La entrada al strategium, compuesta por dos puertas de hoja doble selladas con cerrojos inmensos, demostró ser solo un obstáculo menor. Las garras eléctricas de Corax rajaron una de las puertas con unos pocos golpes, enviando el plásticero reforzado hacia la oscuridad de la sala de mandos.

Por un momento, el silencio sobrecogió a Corax. Había esperado una lluvia de fuego como recibimiento y, al no hallar resistencia, dudó al subir al entresuelo que servía como mirador de la planta principal del puente.

Al dar un vistazo a la sala, el primarca se encontró frente a grupos de servidores sepultados, integrados en brillantes consolas. Sus rostros estaban medio muertos y sus extremidades, marchitas, casi blancas, bajo el brillo de las interferencias que aparecían en la pantalla principal. Las luces parpadeaban en la oscuridad, con el rojo y el ámbar de los sistemas defectuosos, mientras el cableado expuesto zumbaba y centelleaba. En la sala se respiraba un ligero olor a podrido, que venía de los servidores. Era un olor a carne descomponiéndose lentamente mezclado con el del aceite y el óxido.

—¿Dónde están los Word Bearers? —preguntó el comandante Soukhounou. Había entrado en el strategium detrás de Corax, así que él también se había detenido, confuso por la ausencia del enemigo.

—Aquí, no. —Fue la única respuesta de Corax.

Su mirada se dirigió a una figura envuelta en una toga sangrienta, perforada por diversos tubos y cables y situada en el corazón del strategium. La decrepita delgadez de la figura mostraba su esqueleto humano, a pesar de la profusión de maquinaria implantada. Todo lo que podía ver de su cara era la boca desencajada, que dejaba a la vista algunos dientes rotos y amarillentos. El resto de la cabeza estaba encajada en un casco pluri-dimensional de ceramita, en cuyo interior había docenas de filamentos en espiral.

Corax bajó los escalones hasta la sala principal y sus pasos resonaron sobre el murmullo silencioso de los servidores y el zumbido de los circuitos desprotegidos. Para sorpresa de Corax, la mujer se revolvió. Alzó la cabeza, como si le estuviese mirando a través de una pequeña gema negra adherida en lo alto del casco hermético.

—Liberadme —susurró. Por los labios agrietados se le derramaba saliva salpicada de sangre y su oscura lengua se movía por las encías en carne viva—. Ya no sirvo para nada.

—No somos tus captores —le respondió Corax, y se detuvo detrás de ella. En ese momento, más cerca, advirtió el destello de un hilo plateado entre los pliegues de sus harapos. Su ropa estaba rota, pero al unir los retales se descubría que la mujer era una navegante.

—Soy Corax, de la Raven Guard.

—Corax... —respiró su nombre y sus labios se torcieron en una sonrisa de espanto—. Concededme la muerte. Sois el Señor de Deliverance, y necesito que me liberéis de este tormento.

El primarca movió una de sus garras eléctricas hacia la navegante pero dudó antes de concederle su deseo. Aunque había removido su conciencia, una parte más dura de él, la que había enviado ataques atómicos a las ciudades de Khiavahr para matar a miles de inocentes y que le permitió apaciguar mundos que se resistían a obedecer, contuvo su mano.

—Pronto, te lo prometo. Pero, primero, necesito respuestas —le dijo.

La navegante se desplomó, haciendo que los tubos y cables se agitaran salvajemente, como espasmos en los hilos de una marioneta grotesca.

Antes de que Corax pudiese comenzar su interrogatorio, desvió su atención a la red de comunicaciones. Lo que lo distrajo fue una conversación entre Branne y Agapito, en el canal de mando.

—*Aquí no podemos avanzar* —decía Branne—. *Se suponía que tenías que flanquear a las fuerzas defensoras del reactor, hermano.*

—*Estaré contigo en seguida* —respondió Agapito, respirando con dificultad—. *Uno de los bastardos ha huido, el muy cobarde. Lo acorralaremos pronto.*

Como lo conocía desde hacía mucho, Corax percibió que Branne se estaba esforzando bastante en contener su carácter.

—*Las lecturas del reactor son críticas* —respondió el comandante—. *El reactor va a sufrir un colapso si no tomamos el control. Podemos encargarnos de los Word Bearers cuando la nave esté segura.*

—Agapito, ¿por qué te estás retrasando? —preguntó el primarca, irritado por la tardanza del comandante en completar la misión.

—*Yo...* —La voz de Agapito se apagó. Cuando volvió a hablar, un momento después, su voz denotaba remordimiento—. *Mis disculpas, lord Corax. Nos dirigiremos raudos a la cámara del reactor.*

—Como ya deberías haber hecho, comandante. Hablaremos de esto luego.

—*Sí, lord Corax. Disculpádmí distracción.*

—Si seguimos vivos en diez minutos, lo consideraré —contestó Corax. Se arrodilló junto a la navegante prisionera y le habló con suavidad—: Lo siento, pero primero debo atender otro asunto. Sé fuerte.

Se puso de pie y se volvió hacia Soukhounou.

—Averigua qué puedes hacer para frenar la sobrecarga del reactor desde aquí —ordenó el primarca, señalando la estación de ingeniería en la que un servidor de ojos vidriosos pronunciaba un monólogo sobre los informes de situación—. Quiero tomar esta nave intacta.

Las luces rojas de emergencia brillaban por los pasillos que rodeaban la cámara de plasma. Desde el strategium habían silenciado las sirenas que las acompañaban, pero el brillo rojizo le recordaba al comandante Branne que la nave no era segura en absoluto.

—Cavall, Nerror, Hork —vociferó Branne a los tres sargentos que estaban cerca—. Flanquead por la derecha, una cubierta más arriba.

Sus escuadras se dirigieron hacia la escalera, mientras Branne guiaba al resto de la compañía hacia delante. Las hordas de grotescos esclavos de la nave habían cesado por el momento pero, sin duda, se habían retirado para organizar una defensa final alrededor del reactor sobrecargado. Branne no sabía si se trataba de un último acto de rencor de los Word Bearers o si era para evitar que la Raven Guard descubriese

el propósito de la tripulación en la zona. Lo que sí sabía era que lord Corax no había declarado ninguna alarma de evacuación y que, después de ciento veinte segundos, sería demasiado tarde para que los bandos a bordo escapasen de aquella nave condenada.

Los Rapaces de Branne estaban luchando bien, y se sintió orgulloso al ver cómo se deslizaban por la cubierta de ingeniería, de forma eficiente y letal. Habían sido perfectamente entrenados en la Fortaleza Perfecta y en combates posteriores contra las fuerzas de la Death Guard, en Monettan, así como en los asedios a numerosas naves de guerra del Ejército Imperial traidor que habían sido interceptadas durante el ataque en Tholingeist. Con cada batalla, habían ganado una valiosa experiencia.

Ahora, habían pasado de ser luchadores de instinto superior a ser guerreros disciplinados y eficientes. Incluso aquellos que habían sido corrompidos por las últimas mutaciones de la semilla genética habían superado sus dificultades físicas, luchando como iguales con los hermanos que conservaban todas las extremidades. Branne se había acostumbrado tanto a sus taras que ya apenas advertía las deformidades que los desfiguraban. Eran sencillamente sus Rapaces, aunque sabía que había otros en la legión que no confiaban totalmente en ellos.

El sentimiento de orgullo se esfumó y fue sustituido por un perpetuo sentido de profunda responsabilidad. Los Rapaces, tanto los perfectamente formados como aquellos que habían sufrido alteraciones físicas por las mutaciones, eran una nueva generación de la Raven Guard: lord Corax se refería a ellos como el futuro de la legión. Sin duda, el primarca no tenía ningún reparo en utilizar las habilidades de los Rapaces, favorecidas por sus mejorados sistemas de armaduras Mark VI. Como el primarca había prometido, a los Rapaces se los trataba como a cualquier otra fuerza de combate de Deliverance y se les concedían abundantes oportunidades para demostrar que eran dignos legionarios.

Una gran detonación, más adelante, sacó a Branne de su ensimismamiento. Por un segundo, pensó que las salas de plasma habían estallado. Observó las siluetas de sus escuadras de Rapaces a través del manto de fuego blanco que se alzaba por las paredes y el suelo, creando una estampa inhóspita.

Ese instante pasó, mientras el fuego envolvía a Branne durante varios segundos. Las alarmas de temperatura retumbaban en sus oídos, pero los sistemas de su traje eran más que suficientes para combatir las llamas, y enviaban refrigerante desde la central eléctrica de la armadura hasta los sistemas secundarios. La pintura se derritió y burbujeó, y un sudor

espeso rezumó por los poros de Branne, pero no hubo daños permanentes. El incendio pasó tras unos momentos, permitiendo al comandante evaluar los daños.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, dando una zancada. Delante de él, los Rapaces que se encontraban más cerca de la explosión no habían tenido tanta suerte. Los restos deshechos de un puñado de sus guerreros yacían en lo alto de la escalera, donde se había originado la detonación.

Los Rapaces supervivientes se incorporaron y recuperaron el sentido.

—Un ataque repentino, comandante —informó el sargento Chayvan—. Un proyectil de una torre de defensa cercana, creo.

—Un ataque de inhabilitación —añadió Streckel, uno de los guerreros de Chayvan—. Lo ha llevado a cabo uno de los esclavos. Cabrón loco.

—¿Qué tienen que perder? —contestó Branne mientras llegaba a la escalera. Doce metros más abajo, los peldaños se habían convertido en escombros chorreantes. Las paredes estaban salpicadas por gotas de plásticero fundido—. Seguid vigilando. Habrá más. Quiero que los eliminéis antes de que se detonen ellos mismos.

Las voces afirmativas sonaron a través de la red de comunicación, mientras Branne dirigía la vista hacia el eje de transmisión. El tramo de escalera que conducía a la cubierta superior se había incinerado, dejando al comandante y a sus compañeros por debajo de la entrada a las cámaras principales del conducto de plasma. Echó un vistazo al cronómetro.

Quedaban ochenta segundos. Seguían sin noticias de lord Corax. Los Rapaces se dispersaron por los corredores, los escáneres aupex rastreaban una escalera o una cinta transportadora. No se malgastó ningún esfuerzo en llorar a los caídos. Todos sabían que les esperaba el mismo destino si no conseguían detener la sobrecarga del reactor.

Se respiraba un fatalismo tranquilo y comedido por parte de los Rapaces, que Branne encontró reconfortante. Quizá estuviese relacionado con su naturaleza o, quizá, fuera su propia perspectiva lo que daba forma a su conducta. Por la causa que fuese, consideraba que los miembros de su compañía eran de los más serenos de la XIX Legión. Rápidamente, la exuberancia juvenil había dado paso a una profunda seriedad influenciada por la guerra civil galáctica y por la alta probabilidad de que la de los Rapaces fuese la última generación Raven Guard de la que saldrían legionarios.

Branne era consciente de que su compañía siempre estaría al margen del resto de la Raven Guard, a pesar de las palabras del primarca y de los clichés de otros oficiales superiores. Eran distintos, no solo físicamente,

sino también en cuanto a temperamento. No era ninguna novedad. Siempre habían existido sutiles divisiones entre los guerreros de la legión. Estaban los terranos, que habían luchado junto al mismo Emperador. Su legado se remontaba hasta el inicio de la Gran Cruzada. Sin embargo, a pesar de su orgullosa herencia, los terranos nunca habían compartido un vínculo tan íntimo con lord Corax como aquel del que disfrutaban quienes habían luchado por la salvación de Deliverance. Los excautivos, y Branne era uno de los muchos miles que habían formado parte de la revuelta, habían tomado a Corax como uno de los suyos. Primero, como sus protectores y, más tarde, como sus adeptos. Los terranos trataban a Corax con temor y respeto, como a su padre genético, pero durante toda su historia habían sido los guerreros y sirvientes del Emperador, nunca sus iguales.

Ahora se habían añadido los Rapaces. Todos compartían dos experiencias comunes: habían sido reclutados por la legión tras descubrirse la traición de Horus y no habían sufrido la masacre del lugar ni las posteriores batallas que se libraron. Esto era lo que los diferenciaba tanto de los nativos de Deliverance, como de los terranos. Ellos no eran guerreros de la Gran Cruzada. Tenían un propósito más oscuro, pero no por ello menos crucial. Los Rapaces no estaban entrenados para pacificar mundos desobedientes ni para erradicar enemigos alienígenas, sino para llevar a cabo la simple tarea de destruir a otros Space Marines.

La experiencia todavía atormentaba a los supervivientes de Istvan que, bien por rabia, bien por culpa, soportaban la carga de una pérdida que Branne jamás podría compartir. Quizá esa era la razón por la que Corax lo había elegido para liderar a los nuevos reclusos, ya que intuía que sentiría afinidad por esa generación no contaminada que él nunca podría volver a levantar por completo solo con los supervivientes de la masacre. Era típico de la sabiduría de Corax, así como de su agudo conocimiento de la mente de los guerreros.

—Contactos enemigos: varios cientos —informó el sargento Klaverin desde una de las escuadras líderes—. Más de una docena de Word Bearers lideran la defensa, comandante.

—Recibido. Eliminado toda resistencia. Acceder a la cámara de plasma es nuestra mayor prioridad.

Agapito derribó a otro enemigo. La cuchilla reluciente de su espada de poder se tiñó de azul pálido al cercenar la carne. El rostro extrañamente canino del tripulante quedó seccionado de arriba abajo. El comandante

dirigió su último ataque contra un esclavo mutante de ojos saltones y lengua bífida, clavando la cuchilla en el pecho de la abominable criatura.

—¡Cien metros más! —aulló, blandiendo su espada para animar a los miembros de la Raven Guard que lo rodeaban. Solo había unos cuantos Word Bearers entre Agapito y la sala del reactor, pero eso no significaba que el proceso fuese fácil. Quizá porque deseaban terminar con sus miserables vidas, los miembros deformes de la tripulación se habían agolpado en la popa de la nave, actuando como barrera para impedir que la Raven Guard entrase en la sala del reactor. No era ninguna conspiración malvada de los esclavos para llevarse con ellos a los bandos a bordo, sino un calculado sacrificio por parte de los Word Bearers. El estado crítico del reactor de plasma solo podía explicarse si lo habían activado a toda máquina en cuanto los habían descubierto.

A través de la red de comunicaciones, Agapito escuchó los informes de otras escuadras que avanzaban para unirse a Branne y sus Rapaces, intentando formar una fila coherente a través de la masa de defensores de manera que se hiciese un esfuerzo común en la salas de conductos y las de máquinas.

En ningún momento se consideró llevar a cabo la retirada, ni se indicó que se abandonase la nave. Cuando se trataba de la Raven Guard, la inteligencia era la clave de la guerra. Conocer las debilidades y fortalezas del enemigo era un punto esencial en la estrategia de Corax. La nave era demasiado valiosa como para perderla, y Agapito luchó como un berserker de la XII Legión para enmendar su anterior distracción.

En un momento dado, la Raven Guard se abrió camino a través de la presa de defensores. Dejaron tras de sí un corredor repleto de cuerpos desmembrados y llegaron al pasadizo que conducía a la cámara acorazada del reactor principal. Agapito indicó a dos escuadras que se quedarán en la retaguardia para guiar a los demás, unos setenta guerreros, directamente a la sala de control del reactor.

Una puerta de emergencia bloqueaba su camino al final del pasillo, pero tres bombas de fusión de las Garras, estratégicamente colocadas, hicieron un agujero del tamaño suficiente como para que los legionarios blindados entraran en el corazón de la cubierta de máquinas.

El sargento Chovani fue el primero en entrar, justo delante de Agapito.

—¡Alto el fuego! —bramó el sargento, apartando su bólter de la posición de ataque. Delante de él se encontraba la escuadra de Rapaces. No los que contaban con todas las extremidades en sus armaduras, sino aquellos pobres deformes que habían sobrevivido a las últimas implantaciones de semillas genéticas del primarca. Algunos iban envueltos en togas,

demasiado voluminosas incluso para llevar una armadura de poder. Otros aún podían ponerse sus trajes, aunque con notables modificaciones.

Agapito no podía evitar comparar a la última generación de Rapaces con los mutantes esclavos a los que acababa de asesinar. Piel escamada, ojos inhumanos, garras, mechones de pelo áspero y nódulos de hueso y cartílago desfiguraban a los guerreros de la Raven Guard. Su sargento estaba encorvado. Aún podía llevar armadura, pero sus alargadas orejas y el hueso puntiagudo que sobresalía de su frente no cabían en el casco. Toda la piel que Agapito podía apreciar, ya fuese peluda o lisa, de lagarto o agrietada por tumores verrugosos, era casi de color blanco. Todos tenían el pelo negro azabache y era inevitable compararlos con la piel descolorida y los ojos oscuros de lord Corax.

A pesar de sus similitudes físicas con los esclavos de la nave, los Rapaces no podían ser más diferentes en cuanto a entereza y actitud. Estaban custodiando una escalera, atentos y en alerta, conteniéndose con todo el aplomo que les permitían sus retorcidas complexiones. Todo el abuso físico que les habían infligido no conseguía enmascarar el orgullo y la fuerza de su entrenamiento militar, pero su aspecto seguía perturbando a Agapito, en especial al compararlo con las monstruosidades creadas por los Word Bearers. Al pensar en ello, aceptar la existencia de los deformes Rapaces no le resultaba del todo fácil.

—Comandante Agapito —dijo el sargento, inclinando la cabeza a modo de saludo reverencial. Cuando hablaba, sus finos labios dejaban entrever unas encías y una lengua oscuras, pero su voz era tranquila y pausada, de tono juvenil—. El comandante Branne está asegurando la sala del reactor, tal y como acordamos.

—¿Quién habla?

—El sargento Hef, comandante. Navar Hef.

—Únete a mis Garras, Navar —indicó Agapito, señalando con el pulgar por encima de su hombro, hacia los restos de la puerta—. Creo que el enemigo está debilitado, pero podrían quedar suficientes como para intentar llevar a cabo alguna clase de contraataque.

—Los techmarines están asegurando las salas de plasma en estos momentos, comandante —informó Hef—. El comandante Branne pidió que te informásemos de que te encontrases con él en la sala principal.

«No lo dudo», pensó Agapito. Sin embargo, lo que dijo en voz alta fue:

—Muy bien, sargento. Continúa.

Agapito dirigió su atención hacia los tres sargentos que se le habían unido y que esperaban órdenes.

—Asegurad toda la zona y uníos a otros Rapaces —les dijo—. Que nada cruce la línea.

El comandante ya se estaba marchando, pensando en Branne, mientras los sargentos asentían y volvían a sus escuadras. El camino hacia el reactor principal condujo a Agapito a una cubierta más arriba, pasando junto a otras dos escuadras de Rapaces, que protegían la escalera, y a través de un pasillo corto. La zona también se hallaba dentro del perímetro. Enfundó su espada y su pistola a medida que se acercaba a la sala del reactor.

Branne se encontró con él en la entrada y se adentró en el pasaje, mientras Agapito se dirigía hacia la sala, consciente de que su colega comandante estaba cerca. En un primer momento Branne no dijo nada, y dio un paso atrás para dirigirse a la unidad de la Raven Guard situada al final del corredor.

—Esta zona es segura, bajad tres cubiertas —ordenó Branne. Varias miradas se clavaron en los dos comandantes. Estaba claro que no estaban avanzando por razones estratégicas, pero los legionarios partieron sin hacer comentarios. El tintineo de sus botas en los escalones de metal se fue alejando.

—Hermano, lo sien...

Branne agarró a su hermano por la solapa de su coraza con el puño y lo empujó contra la pared.

—¡Sentirlo no es suficiente! —Aunque Agapito no podía ver la expresión de su hermano desde el interior del casco, la postura y la voz de Branne transmitían su ira tan deliberadamente como lo haría cualquier gruñido o mueca—. Nuestras órdenes eran simples, ¿qué te ha pasado?

—Estaba matando Word Bearers, hermano —respondió Agapito, tratando de mantener la calma frente a la rabia de Branne—. Ese es nuestro trabajo. Matar traidores.

Agapito se movió para escapar de Branne, pero su hermano lo volvió a empujar contra la pared, agrietando el recio yeso con el impacto.

—Un minuto —carraspeó Branne—, un minuto más y estaríamos todos muertos.

—¿Tanto valoras tu vida? —preguntó Agapito, atacándole verbalmente y ofendido por la arrogancia de Branne al autoproclamarse juez—. Quizá deberías haber luchado más.

Branne levantó el puño tembloroso pero no descargó el ataque.

—Corax está en la nave, hermano, ¿no has pensado en él mientras buscabas tu venganza personal contra los Word Bearers?

Esta vez, Agapito no intentó controlar su ira. Apartó el brazo que lo sujetaba y empujó a Branne hasta casi enviarlo a la cubierta.

—¿Venganza personal? Setenta mil de nuestros hermanos murieron en Isstvan V. ¿Crees que soy el único que quiere vengarles? ¿Qué pasa con las otras legiones? ¿Qué pasa con los Salamanders y con los Iron Hands? Ferrus Manus fue asesinado. Lord Vulkan, probablemente, también. ¿Y lord Corax? Vi cómo esos malnacidos de Lorgar y Curze intentaban matarle mientras tú estabas en la otra punta de la galaxia, así que no me digas que yo he puesto al primarca en peligro.

Branne se alejó, sacudiendo la cabeza.

—Has desobedecido órdenes directas del primarca. ¿En eso te has convertido? —La rabia de su voz se había transformado en pena—. No puedes cambiar lo que sucedió en Isstvan. Nuestros hermanos muertos no te darían las gracias por poner en peligro una misión en nombre de su memoria.

—Y ¿tú qué sabrás? —gruñó Agapito. Dio unos golpecitos con el dedo en un lado de su casco—. Tú no recuerdas lo que yo recuerdo. Tú no estuviste allí, hermano.

—Y tú nunca pierdes la oportunidad de mencionarlo —suspiró. Señaló hacia el sigilo gris que apenas podía atisbarse sobre el color negro de la hombrera izquierda de Agapito—. La condecoración de honor por Isstvan que llevan tus Garras es un signo de respeto hacia los caídos, no una chapa de la que avergonzarse. Muchos murieron allí. Tú, no. Siéntete agradecido. No tienes nada que enmendar.

—No intento enmendar nada —respondió Agapito. No lograba encontrar las palabras para expresar la mezcla de sentimientos que se arremolinaban en su interior cuando pensaba en la Masacre del Desembarco. Se dio por vencido y se alejó de su hermano—. No te culpo por tu ausencia, hermano, pero jamás lo entenderás.

El rostro desfigurado de la navegante se volvió hacia Corax cuando este le puso la mano sobre el hombro con delicadeza.

—Constanix —susurró—, ese es el sistema que estáis buscando. Ahora, por favor, liberadme de esta condena.

Indagando en su memoria enciclopédica, Corax recordó que Constanix II era un mundo forja que se encontraba a menos de cincuenta años luz de su posición actual. Se desconocía a quién había jurado lealtad durante la guerra civil que había sepultado el Imperio, pero el mero hecho de que los Word Bearers hubiesen estado o se dirigiesen allí no era buena señal.

—¿Cuál es el objetivo de los traidores en ese lugar? —preguntó con suavidad.

—No lo sé. Hemos viajado al sistema dos veces desde que escapamos de Calth y nos enfrentamos a la Tormenta de Ruina.

—¿La Tormenta de Ruina?

—La perturbación en la disformidad —resopló la navegante—. Es un artificio de los adeptos de Lorgar. Ellos me hicieron esto, me infectaron con... Transformaron mi mente en un navío para guiar a uno de sus aliados inhumanos.

—Lord Corax, la nave es segura —anunció Soukhounou. El comandante se quitó el casco y el sudor de su oscura piel brilló bajo la luz ámbar de los monitores del reactor. Se pasó la mano por el pelo, negro y rizado. Su alivio era evidente. Su sonrisa retorció las pálidas cicatrices grabadas en su rostro. Eran tatuajes tribales que lo marcaban como antiguo trovador de la Liga Saheliana en Terra—. La contención de plasma es estable. Los comandantes Branne y Agapito se dirigen al strategium para informar.

Corax asintió pero no contestó. Dirigió su atención, de nuevo, a la navegante destrozada.

—Lo que pusieron dentro de ti... ¿sigue ahí?

—Huyó. —La navegante se estremeció y respiró con dificultad. Los cables y tubos que perforaban su piel se agitaban y balanceaban, mientras todo su cuerpo se sacudía al pensarlo. Todavía estaba cegada por su máscara, pero miró a Corax con la mandíbula desencajada—. Sé lo que me vais a pedir.

—No es necesario —respondió Corax. Movié la mano, de forma que la punta de una de sus garras se quedó a unos milímetros de su garganta, justo debajo de la barbilla—. Nuestros propios navegantes pueden guiarlos hasta Constanix.

—Los Word Bearers han suplicado a su ejército que siga vigilando el sistema. Os impedirán el paso. Conocen la *Kamiel*, esta nave, y yo puedo guiarlos a través de sus salas. —Inhaló pausada y entrecortadamente—. Aguantaré un poco más para ver el fin de los actos de mis torturadores. Vuestros esfuerzos han boicoteado la maldad que se generó cuando abusaron de mí. El Emperador no esperaría menos.

—Pediré a mis apotecarios que te atiendan lo mejor posible.

—Las heridas de mi cuerpo son las que menos sufrimiento me han causado. No hay nada que vuestros apotecarios puedan hacer con la agoría que llena mi alma. Solo la muerte podrá purificarla. —La navegante

se enderezó, dejando entrever la pose y la elegancia que debió de tener alguna vez, antes de que las crueles atenciones de los traidores la denigraran—. Soy Sagitha Alons Neortallin y serviré al señor de la Raven Guard hasta mi último aliento.

Corax retiró su reluciente garra y se puso en pie. Dando un paso atrás, inclinó su cabeza, como reconocimiento al sacrificio de Sagitha.

—Con semejante espíritu y valor podrías derrotar a Horus. Te honraremos.

El sonido de pasos sobre la cubierta superior atrajo la atención de Corax, que se dio la vuelta para descubrir a Branne y a Agapito en la barandilla de la galería. Hizo un gesto a Soukhounou para lo acompañase mientras comenzaba a subir los escalones. El Raven Guard que hacía de centinela en la entrada del strategium no necesitó ninguna indicación para marcharse y, en silencio, abandonó el lugar para dejar que sus comandantes hablaran.

—Los Word Bearers tienen algún tipo de vínculo con el mundo forja de Constanix II —comunicó Corax a los demás—. De momento, solo podemos imaginarnos las pesadillas que estarán tramando allí.

—Qué dilema —manifestó Soukhounou. Miró a Branne y a Agapito, cuyo silencio delataba la tensión que había entre ellos—. La flota está lista para atacar a los traidores en Euesa, pero no será tarea fácil. Lo que sea que los Word Bearers estén preparando para Constanix, podría llevarse a cabo mientras nosotros combatimos con los discípulos de Fulgrim.

—El comandante Aloni y los Therion estarán esperando que reforcemos su asalto en Euesa. Tenemos que apoyarlos —replicó Branne—. En ese mundo forja podríamos encontrarnos con todo tipo de problemas y nuestra llegada podría demorarse sustancialmente.

—La victoria indiscutible está en Euesa —aseguró Corax—, pues, si logramos liberar ese mundo de la influencia de los traidores, es probable que toda la cuenca de Vandreggan siga manteniéndose leal al Emperador. Sin embargo, no me gustan las triquiñuelas de los Word Bearers. Constanix es estratégicamente insignificante, un mundo forja menor en el esquema imperial. Si ese mundo fuese más grande, su propósito estaría más claro, pero el tamaño de Constanix no será de mucha ayuda para la guerra de Horus. No me gustan los misterios.

—Cualquier misión que implique más traidores muertos vale la pena —dijo Agapito—. Lord Corax, no necesitamos a todas nuestras tropas en Euesa. Permittedme llevar a algunos de mis Garras a Constanix y os aseguro que detendré los planes de los Word Bearers.

—Nuestra Legión ya es bastante pequeña —replicó Branne, negando con la cabeza—. Dividir nuestras fuerzas solo nos debilitará más.

—Entonces, ¿tu plan es dejar rienda suelta a los Word Bearers para que causen más destrucción? —estalló Agapito. Controló su ira y se volvió hacia Corax, con un tono casi suplicante—: Señor, debemos enfrentarnos a los traidores sin descanso y, si no se controla, el daño que los Word Bearers pueden ocasionar a la causa del Emperador podría ser considerable. Expanden el odio de Terra como, sin duda, una vez proclamaron su lealtad. Constanix no será el último mundo que intenten corromper si los dejamos escapar.

—No tengo ninguna intención de ignorar a los Word Bearers —respondió el primarca.

—Pero el ataque a Euesa...

La mano levantada de Corax silenció la protesta de Branne.

—Soukhounou, ¿qué opinas?

—Perdonadme, lord Corax, pero estoy seguro de que ya habéis tomado una decisión —dijo Soukhounou, encogiéndose de hombros—. No creo que mi consejo os disuada.

—¿No tienes una opinión?

—Creo que vuestro propósito continúa siendo castigar a los rebeldes en cualquier parte, señor. Deberíamos atacar a nuestros enemigos, tanto en Euesa como en Constanix. O, al menos, deberíamos investigar y evaluar los actos de los Word Bearers.

—Aunque la motivación de Agapito para querer perseguir a los Word Bearers podría ser distinta, apruebo su estrategia —anunció el primarca. Se alejó de sus comandantes y echó un vistazo al strategium. Ellos se acercaron y esperaron sus órdenes en silencio—. Conocemos bien al enemigo de Euesa y está controlado. Branne, Soukhounou, estáis más que capacitados para liderar la batalla con Aloni. Confío plenamente en que lograréis otra victoria para la Legión.

—¿No vais a venir con nosotros? —La sentencia cogió desprevenido a Branne.

—Mi presencia será de más ayuda junto a Agapito, en Constanix. Llevaremos solo trescientos guerreros. A juzgar por los restos de los Word Bearers que han quedado en la nave, no debería haber muchos de ellos esperándonos.

—¿Y si Constanix se ha rendido al enemigo? —preguntó Soukhounou—. Podría tratarse de una fuerza menor, pero todavía contarían con varios miles de soldados del Mechanicum y con maquinaria de guerra.

—Si la oposición resulta ser inquebrantable, haremos lo que hacemos siempre.

—Ataque, retirada y contraataque —corearon los comandantes, tras una pausa momentánea.

—Exacto —les respondió Corax, sonriendo. Se quedó quieto, rescatando, de lo más profundo de su mente, lo que sabía de aquel mundo forja—. Llevaré esta nave, con nuestros propios tripulantes, para asegurarnos de que no advierten nuestra llegada. Agapito, indica a doscientos legionarios que nos acompañen. Soukhounou, necesitaré cien más de tu grupo de vehículos auxiliares, armados como tropas de asalto. Constanix está dominada por océanos ácidos, con unas cuantas masas considerables de tierra. Hay ocho grandes ciudades atmosféricas suspendidas en alto por medio de tecnología antigravedad, por lo que necesitaremos aplicar una estrategia aérea. Necesito guerreros entrenados, con propulsores de salto y mochilas de vuelo, además de una dotación completa de cañoneras Thunderhawk, Shadowhawk, Stormbird, Fire Raptor y cualquier nave de asalto más pequeña que la flota pueda desplegar y que pueda adaptarse a las plataformas de despegue. Y un equipo de armamento. Hay que reparar rápidamente el motor de disformidad de la *Kamiel* y otros grandes sistemas si vamos a atacar pronto. Si podemos derrotar a los Word Bearers con esta fuerza, todo irá bien. Si no es así..., en fin, la Legión tendrá su próximo objetivo.

Los comandantes asintieron y se mostraron de acuerdo. Con un gesto, Corax los envió a cumplir sus órdenes pero los llamó cuando estaban llegando a las puertas principales.

—Y, Agapito, el viaje hasta Constanix dura al menos siete días. Tú y yo tendremos mucho tiempo para hablar sobre tus acciones de hoy.

El comandante de las Garras pareció hundirse bajo su armadura.

—Sí, lord Corax —respondió Agapito.